

## APÉNDICE II. EL IMPERIALISMO ESPAÑOL EN MARRUECOS

A pesar del fracaso de la misión política de Domingo Badía, los sueños de Godoy por conquistar territorio marroquí no eran nuevos y nunca se desvanecieron del imaginario español. Actualmente, los territorios de Ceuta y Melilla son los dos únicos enclaves que sobreviven en África y están integradas en el territorio de España.

Ceuta, la antigua ciudad fenicia de Abyla, fundada en el siglo VII a.C. y situada en un lugar estratégico, fue ocupada a lo largo de los siglos por griegos focenses, cartagineses, nómadas, romanos, vándalos, bizantinos y visigodos. A partir del siglo VII, cuando los musulmanes llegaron a la región para proseguir con la conquista de la antigua Hispania, fue dominada por omeyas, idrisíes, fatimíes, almorávides, almohades, hafsíes, azafíes, merínides, watásidas, saaditas y alauitas<sup>1</sup>.

El 21 de agosto de 1415, el rey João I de Portugal conquistó la ciudad y más tarde ya fue reconocida como portuguesa por la propia dinastía merinída de Fez<sup>2</sup>. En 1578 murió el rey Sebastião de Portugal y parte de la nobleza que lo acompañaba en la batalla de Alcazarquivir (al sudeste de Larache). Como no tenía descendencia, el trono lo ocupó Henrique I, quien falleció dos años más tarde también sin descendencia. Entonces se generó una crisis sucesoria que terminó con la entrega de la corona portuguesa al rey español Felipe II, hijo de Isabel de Portugal, en la llamada “unión ibérica”. Esta situación finalizó el 1 de diciembre de 1640 cuando la nobleza portuguesa dio un golpe de estado y coronó a João IV como rey de Portugal. Acto seguido se produjo una guerra contra España, hasta que en 1668, mediante el Tratado de Lisboa, se reconoció la restauración de Portugal, pero Ceuta prefirió mantenerse bajo soberanía del rey español Felipe IV.

Posteriormente, Ceuta sufrió los intentos de diversos sultanes marroquíes por recuperar el territorio y la ciudad padeció numerosos asedios entre 1694 y 1724, y posteriormente en 1732, 1757, 1790 y 1791<sup>3</sup>. Ceuta era esencialmente un presidio, cuyo origen se remontaba a la conquista portuguesa: las primeras fortificaciones de la plaza, en el monte Hacho, se llevaron a cabo por “gente forzada”, que fue el trabajo principal de los penados a lo largo de su historia. Este establecimiento contó con un número considerable de reclusos (unos dos mil quinientos en 1846), sentenciados con penas que podían comprender entre los veinte y los cuarenta años de prisión, pues estaba considerado un Presidio Mayor. Finalmente, fue desmantelado en el año 1910.

El caso de Melilla es similar al de Ceuta. Fue fundada en el siglo VIII a.C. por comerciantes fenicios de Tiro que le dieron el nombre original de Rusadir. Tras la decadencia púnica, la ciudad fue integrada en la provincia romana de Mauritania

---

<sup>1</sup> El origen del nombre de Ceuta puede remontarse a la designación que dieron los romanos a los siete montes de la región, *Septem Fratres*; y de *Septem* se pasaría a *Septe*, luego arabizado como *Sebta*, y de ahí a Ceuta.

<sup>2</sup> Tras la conquista de Ceuta, los portugueses intentaron la conquista de Tánger, que resistió hasta 1471, cuando fue ocupada por las tropas del rey Alfonso V. Esta posesión duró hasta 1661, cuando la Infanta Caterina de Bragança se casó con el rey Charles II de Inglaterra, llevando como parte de la dote la posesión de Tánger. Los ingleses intentaron fortificar la ciudad, pero ante los constantes ataques de los amazigos o bereberes de la región se vieron obligados a evacuar la ciudad en 1684 y destruir la fortaleza.

<sup>3</sup> El 4 de agosto de 1704, la armada británica tomó Gibraltar y poco después asedió Ceuta por tierra, pero la ciudad resistió el ataque.

Tingitana. Posteriormente, pasó a manos de vándalos y bizantinos y después a los diversos grupos de musulmanes que llegaron a la región a partir del año 680.

En 1497, una expedición patrocinada por el duque de Medina Sidonia y dirigida por Pedro de Estupiñán consiguió tomar Melilla para la corona de Castilla<sup>4</sup>. Casi de inmediato, la ciudad fue sitiada en repetidas ocasiones por las cabilas cercanas y en 1694 por Muley Ismail, el sultán de Fez. En 1767 se firmó un Tratado de Paz y Comercio entre España y Marruecos, pero siete años más tarde se produjo el sitio de Melilla por el sultán Mohammed III, que pretendía tomar las plazas cristianas del norte de África con ayuda de los británicos. En 1780 se firmó el Tratado de Aranjuez que aseguraba el libre comercio en los puertos de España y Marruecos. Tras la conquista inicial española, Melilla pasó a ser un presidio militar, catalogado como Presidio Menor y dependiente de Ceuta, donde fueron mandados penados para contribuir al mantenimiento y defensa de la plaza fuerte, hasta que fue suprimido por el Real Decreto del 22 de octubre de 1906.

Desde 1478, Castilla también dispuso de un pequeño establecimiento frente a las islas Canarias llamado Santa Cruz de la Mar Pequeña, cuando el rey Enrique IV dio permiso para habilitar un pequeño fortín en una expedición que partió de Lanzarote. Este enclave se hallaba en la bahía conocida como Puerto Cansado, a unos cuarenta y cinco kilómetros al norte del cabo Juby, un lugar cercano a la desembocadura del río llamado Mar Pequeña. Los marineros de aquella época lo conocían bien y tuvo un considerable valor estratégico y también comercial, pues se hicieron incursiones de saqueo para capturar esclavos y conseguir oro. El fortín fue atacado en diversas ocasiones por las tribus locales, abandonado en 1487 por su costoso mantenimiento y luego reconstruido en 1497 por orden de los Reyes Católicos, que lo dotaron con artillería y mejores materiales de guerra. La fortaleza existió hasta 1527, cuando fue definitivamente abandonada tras sufrir un duro ataque dirigido por los saaditas.

En 1818, Marruecos aceptó perseguir la piratería que seguía activa en Argelia y esta fue la razón esgrimida por Francia para tomar Argel en junio de 1830, y Orán en enero del año siguiente, dando así inicio a la conquista de Argelia, que fue convertida en una colonia de los franceses.

Sin embargo, Marruecos tampoco se libró de los enfrentamientos con los franceses porque el líder argelino, el emir Abd-al-Qadir, se refugiaba en el nordeste marroquí y esta zona servía de base para el reclutamiento de fuerzas, lo cual era tolerado por el entonces sultán marroquí Abd-al-Rahman (hijo del anterior sultán Hisham). Entre el 6 y el 7 de agosto de 1844 tuvo lugar la batalla de Isly, en la frontera entre Argelia y Marruecos, donde el ejército magrebí fue claramente derrotado. Los franceses también bombardearon Tánger (9 de agosto) y Mogador (15 de agosto) y finalmente se firmó la paz mediante el Tratado de Tánger (10 de setiembre de 1844), por la cual Marruecos reconocía oficialmente a Argelia como parte del Imperio francés y dejaba de cobijar a Abd-al-Qadir, que se rindió a las tropas francesas en diciembre de 1847.

Poco después entró España en escena, cuando en 1859 se produjo la llamada primera guerra hispano-marroquí debido a las constantes incursiones que sufrían Ceuta y Melilla por parte de grupos de la región del Rif. En agosto de 1859 fue atacado un destacamento

---

<sup>4</sup> El nombre de Melilla tiene un origen incierto: quizá proviene del latín *Mellitus* o del griego *Melita* porque en la antigüedad era un sitio destacado para la apicultura; otra posibilidad es que provenga del bereber *Tamlilt*, que significa ‘La Blanca’, en referencia a la piedra caliza de color blanco sobre la que se asienta Melilla.

español que custodiaba las obras de fortificación de Ceuta, y como el sultán marroquí no castigó a los agresores, el gobierno español decidió invadir el sultanato por “ultraje inferido al pabellón español por las hordas salvajes”. En realidad, el gobierno español imaginó un control similar al francés en Argelia y esto generó un gran clima de patriotismo entre la población, alentada por la iglesia católica que pedía a los soldados “no volver sin dejar destruido el islamismo, arrasadas las mezquitas y clavada la cruz en todos los alcázares”.

Las fuerzas españolas, dirigidas por el general Leopoldo O’Donnell, contaron con unos 45.000 soldados, más tres mil mulos y caballos, setenta y ocho piezas de artillería y apoyo de una escuadra de guerra formada por diversos navíos a vela y a vapor. La guerra duró solo cuatro meses, entre diciembre de 1859 y marzo de 1860 y los españoles la ganaron claramente tras enfrentarse a los marroquíes en las batallas de los Castillejos, Tetúan y Wad Ras, que dejaba abierto el camino hacia Tánger. El conflicto armado terminó con el Tratado de Wad Ras firmado el 26 de abril de 1860 que obligaba a Marruecos a la ampliación de los territorios de Ceuta y Melilla, la soberanía española de las islas Chafarinas, la posesión “a perpetuidad” del punto de la costa donde se había ubicado la pesquería canaria de Santa Cruz de la Mar Pequeña<sup>5</sup>, y recibir un pago de cuatrocientos millones de reales; y hasta que no se pagara, Tetuán quedaría bajo administración española.

Aquel acuerdo fue calificado de “paz chica para una guerra grande” por algunos medios de prensa, pues pensaban que se debía conquistar el país entero, sin tener en cuenta el pésimo estado del ejército español: mal equipado, mal preparado y dirigido, y con un aprovisionamiento muy deficiente. Al finalizar el conflicto, habían muerto cerca de cuatro mil soldados españoles, pero solo unos mil en el campo de batalla, pues el resto sucumbieron por causa de la disentería y enfermedades diversas. Además, el gobierno español había acordado con el británico que no ocuparía Tánger ni ningún territorio que pusiera en peligro el dominio británico del estrecho de Gibraltar.

En 1874, cuando se produjo la Restauración monárquica, España ya era un estado europeo menor producto de la desintegración del Imperio Hispánico y solo Cuba, Puerto Rico y Filipinas permanecían como territorios coloniales dependientes. Entonces, Marruecos ya fue considerado como un territorio subordinado a los intereses expansionistas españoles; y de hecho, a mediados de 1870, las principales potencias europeas empezaron a considerar el territorio africano como espacio conquistable. Incluso el primer ministro conservador de la época, Antonio Cánovas del Castillo, llegó a decir que el destino de España era extender su frontera hasta el Atlas.

Sin embargo, a pesar de este contexto expansionista, España fue un participante menor y mostró un cierto abandono e indiferencia durante la Conferencia de Berlín entre noviembre de 1884 y febrero de 1885, convocada y organizada por el canciller alemán Otto von Bismark. La finalidad del encuentro era resolver los problemas que creaba la expansión colonial de África y establecer las normas del reparto del continente entre las potencias europeas, que resultaron claramente desfavorables para España. Excepto Abisinia y Liberia, el resto del inmenso territorio africano fue dividido y benefició a Francia, Gran Bretaña, Bélgica, Portugal, Alemania e Italia.

---

<sup>5</sup> Este puerto, sin embargo, no fue ocupado hasta 1934, cuando se formó la efímera colonia de Ifni.

En 1893 tuvo lugar un nuevo conflicto bélico entre España y Marruecos, conocido como segunda guerra hispano-marroquí, Guerra del Rif o Guerra de Margallo, en relación al gobernador de Melilla, el general Juan García y Margallo. En realidad, no se trató de una lucha contra el sultanato marroquí sino contra las tribus o cabilas que rodeaban Melilla, las cuales se rebelaron cuando se inició la construcción de un fortín en la zona fronteriza, muy cerca de una mezquita y de la tumba de un santo de la zona.

En poco tiempo, más de seis mil rifeños descendieron de las montañas y sitiaron la ciudad. Los bombardeos defensivos de los españoles destruyeron una mezquita y los cabileños llamaron a la “guerra santa”. Tras diversos enfrentamientos, entre los cuales murió de un disparo el general Margallo, llegó la flota española y numerosos soldados para reforzar la posición de Melilla y bombardear a los enemigos. El 10 de marzo se firmó un convenio para poner fin al conflicto y se determinó que aquella mezquita y el cementerio serían rodeadas por un muro vigilado por cuatrocientos hombres establecidos por el sultán, quién se vio obligado a pagar una indemnización de cuatro millones de duros.

El conflicto del Rif fue seguido con mucho interés por Francia, que buscaba un aliado para sus propios planes en la región y animó a España a expandir su territorio, pero en aquel momento no le interesó pues no quería crear tensiones con los británicos. En 1898, tras la pérdida de las últimas colonias de Cuba, Puerto Rico, Filipinas y las islas Carolinas y Marianas (vendidas a los alemanes), la situación cambió a pesar del poco entusiasmo de las clases populares, poco propensas a aventuras expansionistas y a ser enroladas en el ejército de manera forzosa.

Tras muchas negociaciones con los franceses, en el año 1900 se firmó el Tratado de París por el cual España consiguió una pequeña ampliación de los territorios que ya había ocupado anteriormente: el territorio de Río Muni (la parte continental de la actual Guinea Ecuatorial), y el Sáhara Occidental, dos posesiones escasamente prometedoras; en el primer caso, una zona de selva con bajo rendimiento económico y poco poblada, y en el segundo un inmenso pedazo de desierto cuyo recurso económico más significativo era el banco pesquero que tradicionalmente usaban los pescadores canarios<sup>6</sup>.

En 1904 se firmó otro convenio y una declaración conjunta con los franceses que dibujaba dos zonas de influencia en Marruecos, lo cual se concretó en 1906 en la Conferencia Internacional de Algeciras: se acordó el compromiso de establecer un protectorado sobre todo el sultanato, al principio para convertir el territorio en un mercado privilegiado de productos españoles y franceses y promover las inversiones. Al año siguiente se produjeron ataques a los europeos de Casablanca y la región limítrofe (Chaouia) se alzó en armas, lo cual provocó el envío de tropas francesas para restablecer el orden, y en el norte fue ocupada la población de Oujda.

En 1909, un choque armado en las cercanías de Melilla desencadenó levantamientos en el Rif, originados también por la oposición de las cabilas a las actividades mineras de compañías españolas y francesas, las cuales serían contestadas militarmente por el gobierno español. Este hecho se saldó en España con una violenta revuelta en contra de la movilización de reservistas, que afectaba básicamente a las clases populares y tuvo su máxima expresión en la Semana Trágica de Cataluña (26 de julio a 9 de agosto), donde

---

<sup>6</sup> Los yacimientos de fosfatos que dieron importancia al territorio fueron hallados en 1947.

las protestas contra el decreto de movilización acabaron con más de un centenar de muertos y una represión extrema.

El 24 de marzo de 1912 se firmó el Tratado de Fez, por el cual el sultán marroquí Abdelhafid, agobiado por multitud de deudas, se vio obligado a ceder formalmente la soberanía al estado francés y el general Hubert Lyautey se convirtió en gobernador general. El 27 de noviembre, los franceses firmaron un acuerdo por el que se establecía el protectorado español: en la zona norte incluía las regiones del Rif y Yebala, que limitaban con Ceuta y Melilla; y en la zona sur el Cabo Juby (actual Tarfaya), encajado entre el Sahara español y el protectorado francés con el río Draa como frontera.

Esta ocupación española provocó diversas guerras coloniales durante dos décadas, fueron las llamadas “campañas de Marruecos”. La más significativa y sangrienta ocurrió entre el 22 de julio y el 9 de agosto de 1921 con la victoria aplastante del caudillo Abd el-Krim el-Jattabi en la batalla de Annual, cerca de Melilla. En ella murieron o desaparecieron más de trece mil soldados españoles y fue proclamada una República del Rif. La matanza de Annual despertó en España una gran oleada de feroz patriotismo y se clamó por una “campaña de venganza”. La respuesta fue extremadamente cruel: bombardeos con armas químicas y prácticas de guerra brutales, como la quema de poblados, la toma de rehenes o las amputaciones a prisioneros y a cadáveres de enemigos.

Los africanistas españoles que abogaban por la máxima represión consiguieron una gran influencia en el ejército y en la sociedad española gracias a años de conflicto, y exigieron al gobierno que redoblara sus esfuerzos militares y apostara por la ocupación del conjunto del protectorado. Así, el 8 de setiembre de 1925, el general Miguel Primo de Rivera ordenó el desembarco en Alhucemas de trece mil soldados españoles transportados desde Ceuta y Melilla por la Armada hispano-francesa y apoyados por una numerosa fuerza aérea y naval.

El ejército estaba dirigido por el general José Sanjurjo y entre los jefes participantes en aquella acción se encontraba el coronel Francisco Franco, que fue ascendido a general de brigada para premiarlo por su acción al frente de las tropas de la Legión. En 1926, las fuerzas coloniales españolas lograron el control de toda la parte de su protectorado y al año siguiente, Abd el-Krim se rindió a las tropas coloniales del Marruecos francés. En un principio fue deportado a la isla de la Reunión, luego consiguió autorización para instalarse en el sur de Francia, pero consiguió escapar y obtener asilo político en Egipto, donde murió en 1963.

Estas victorias tan sangrientas promovieron la idea de abandonar Marruecos, respaldada por una creciente animadversión en amplios sectores de la sociedad española. Con la llegada de la República en 1931, el periodista y político socialista Indalecio Prieto ya advirtió proféticamente que la guerra del Rif podía provocar “un contagio de la barbarie y llevar las prácticas brutales del ejército colonial a la metrópolis”, y sugirió entregar el protectorado a la Sociedad de Naciones para que ésta gestionara su descolonización. Sin embargo, el presidente del gobierno Manuel Azaña no era de la misma opinión y declaró que “España todavía sirve para civilizar a alguien bajo su gracia y protección”.

La República ni siquiera se atrevió a disolver las unidades africanistas, que fueron el eje central de la sublevación del 18 de julio de 1936 y provocaron el estallido de la Guerra Civil española, en la que participaron muchas tropas rifeñas, hasta el diez por ciento del ejército al mando del general Franco. El triunfo de los sublevados en 1936 llevó asociado

un resurgir del mensaje imperialista para la “gran nación”, como definían a España. En aquel momento, sin embargo, sus dominios se reducían a unos pequeños territorios que constituían la colonia de Guinea, el Sáhara español, Ifni, las llamadas plazas de soberanía como Ceuta y Melilla y el protectorado marroquí.

En el contexto de la Segunda Guerra Mundial, el Gobierno español concibió la posibilidad de ampliar sus posesiones coloniales en suelo norteafricano si finalmente se producía la derrota de los Aliados, y las primeras victorias del Eje reforzaron esta aspiración, considerando plausible la anexión de los territorios coloniales franceses e incluso británicos. Entre 1939 y 1942, el gobierno franquista desarrolló en el territorio nacional y en su colonia marroquí una activa política germanófila, pero Hitler no podía conceder a España todo lo que solicitaba porque entraba en conflicto con sus propios planes y los de su aliado italiano y de la Francia ocupada. Por tanto, trasladó los deseos expansionistas de Mussolini a las posesiones británicas de Libia y Egipto y condicionó las reivindicaciones españolas a la utilización de su territorio como apoyo militar a las maniobras del Tercer Reich, lo cual no se produjo.

Franco consideró que había llegado el momento de construir el imperio soñado con una quimera perseguida durante años, la conquista de Tánger. En esta ciudad se hallaban instaladas las sedes de las delegaciones diplomáticas internacionales y en 1912 Marruecos ya había sido obligado a firmar, bajo la amenaza de invadir el país, un acuerdo por el cual Tánger quedaba bajo la tutela de varios países. En 1923 se estableció el llamado Estatuto de Tánger, por el cual se convertía en un protectorado controlado conjuntamente por las autoridades españolas, francesas y británicas; y en 1928 se unieron Portugal, Bélgica, los Países Bajos e Italia, aunque bien pronto el predominio francés se hizo patente en todos los ámbitos de la administración para disgusto de los representantes españoles.

Así, el 14 de junio de 1940, tres días después de la entrada de Italia en la guerra, España tomó la zona internacional de Tánger al enviar cuatro mil soldados de las tropas indígenas mandados por oficiales españoles, a sabiendas que contravenía el derecho internacional, de manera que la ciudad quedó integrada en el protectorado marroquí español. Sin embargo, a partir de 1942, España ya empezó a posicionarse en una política menos favorable al Eje temiendo una posible victoria de los Aliados, a pesar de que no se rompieron relaciones diplomáticas con Berlín hasta el 8 de mayo de 1945, cuando se produjo la rendición incondicional de Alemania. A continuación, se restituyó el estatuto internacional de Tánger y España padeció el ostracismo por su actuación durante el conflicto mundial.

El africanismo franquista se vio afectado por las transformaciones sucedidas en aquel momento y por las dinámicas de la Guerra Fría, que cuestionaron la supervivencia de los imperios europeos. España se vio obligada a adaptarse a aquellos cambios en cuanto fue admitida en las Naciones Unidas el 14 de diciembre de 1955.

En el protectorado francés, la lucha de los líderes nacionalistas fue muy intensa y se creó el partido *istiqlal* que promovía la táctica de guerrillas. Incluso el sultán Mohamed V le dio su apoyo, por lo que fue deportado a Madagascar con toda su familia. La situación era insostenible para los franceses, que finalmente concedieron la independencia a Marruecos el 2 de marzo de 1956. Entonces, el gobierno de Franco se vio arrastrado involuntariamente a lo mismo el 7 de abril.

En el mes de octubre, las nueve potencias cogobernantes de Tánger acordaron el fin del régimen internacional y su reincorporación a Marruecos, que se hizo efectiva el 11 de

abril de 1960. Aquel mismo año tuvo lugar la resolución 1514 de la Asamblea General de las Naciones Unidas sobre la concesión de independencia a los pueblos coloniales, considerando que este dominio era contrario a los principios de la Carta de las propias Naciones Unidas, de manera que los procesos de independencia fueron imparables en todo el mundo a partir de entonces. Entonces ya quedaron muy lejos las palabras expresadas por el conde de Castries en la década de 1920, un colonialista convencido y fascinado por la personalidad de Domingo Badía, a quien definió como “un aventurero quimérico”:

Ya no se trata de cerrar el Mediterráneo ni de obstaculizar a ninguna potencia. Al contrario, puede decirse que la fundación de nuestro imperio norteafricano ha beneficiado enormemente a todas las naciones europeas. En 1830 fue Francia la que, al tomar Argel, liberó a Europa de la piratería que infestaba el Mediterráneo. En 1845, tras el bombardeo de Tánger, la toma de Mogador y la victoria de Isly, ¿no vimos cómo las potencias aprovechaban nuestros éxitos para revisar sus tratados con Marruecos y obtener la derogación de los vergonzosos tributos que muchas de ellas seguían pagando a los emperadores cherifianos?

Tampoco sirvió de nada la estratagema del régimen franquista en 1959, cuando decidió convertir sus posesiones africanas en cuatro provincias: Fernando Poo, Río Muni, Sáhara e Ifni, asegurando que España no tenía colonias, sino que su territorio nacional estaba constituido por provincias iguales en derechos, pero ubicadas en distintos continentes. El propio Franco tuvo el cinismo de declarar en 1961 que “no puede confundirse la noble empresa de colonización, la elevada tarea de alumbrar a pueblos nuevos entregándoles generosamente, en una verdadera trasmutación espiritual, toda la propia herencia de cultura, con este concepto peyorativo actual, encarnado en dolorosas realidades de hoy, que se ha llamado “colonialismo” o “coloniolaje”.

Finalmente, y ante la coyuntura internacional, España se vio obligada a otorgar la independencia a Guinea Ecuatorial en 1968 y al año siguiente Ifni fue retrocedido a Marruecos. En noviembre de 1975, justo cuando se produjo la muerte de Franco, la administración del Sáhara fue cedida a Marruecos y a Mauritania contraviniendo las directrices de las Naciones Unidas, que establecían la necesidad de celebrar un referéndum de autodeterminación. La desaparición del dictador coincidió con el fin de los sueños imperialistas españoles.